

Félix Bruzzone:

76. Un clásico + dos nuevos
Cuentos (2015)

Mi abuela Lela decía que cuando la llamaron para avisarle lo de mamá y papá el cielo estaba despejado y la luz del sol, que era fuerte y caliente porque era verano, se convirtió en una especie de medusa que empezó a chocar contra los vidrios hasta deshacerse en medusas más pequeñas o en pedazos de medusa que primero atravesaban las ventanas y después rebotaban contra el suelo y los muebles y todo, como una lluvia débil pero insistente, y pegajosa, que no dejaba pensar. Mucho después, cuando Lela murió y revisé los diarios de la época para saber cómo había sido el día en que mamá y papá desaparecieron, vi que en realidad el tiempo había sido inestable y que hasta habían caído tormentas de intensidad en buena parte del conurbano. Así que pensé que mi abuela, por alguna razón, había invertido las cosas: el agua había estado afuera, la luz adentro, y ella había sacado la luz hasta atrás de las ventanas y había hecho entrar toda el agua. Después también pensé que ella, aquel día, había salido a llorar al patio.

Igual, eso de las medusas siempre fue algo importante. Ellas me acompañan en pesadillas persecutorias y en fantasías de liberación. A veces son negras, bañadas en salsa de calamar, y otras brillantes: médanos al mediodía, paredes recién pintadas, lentes de sol al sol. Y siempre, de una forma o de otra, pican, irritan, adormecen; tanto que a veces me dan ganas de que se vayan, pero como siempre vuelven debe ser mejor así, un recuerdo necesario de mi abuela, y de papá, y de mamá.

La primera vez que hablé de las medusas fue en una reunión de HIJOS. Romina me había insistido para que fuera y yo se lo había prometido tantas veces que al final tuve que ir. Supongo que tenía miedo de perderla o de mostrarme demasiado autosuficiente. Éramos vecinos en Moreno, habíamos ido juntos a la primaria y nos reencontramos en una fiesta de egresados. Después de eso empezamos a salir con amigos en común y al poco tiempo ya éramos inseparables. Yo pensaba estudiar gastronomía y seguir con el oficio

de mi abuela repostera, y Romina siempre me decía que, cuando nos casáramos, como regalo sus padres podían ponernos un restorán. La idea era muy buena: hasta podíamos hacer la fiesta ahí. Pero antes de eso mi abuela empezó con problemas respiratorios que al final resultaron ser consecuencia de una falla en el corazón. Un día logré llevarla a lo de un cirujano que le dijo que tenía que operarse cuanto antes y le dije viste, mamá, cuanto antes. Y el tipo tenía razón: a la semana siguiente, cuando Lela salía de la tintorería después de dejar la ropa de invierno —ella, al comienzo del verano, mandaba a lavar toda la ropa de invierno para guardarla hasta el otro año—, se murió.

Las cosas tristes son más tristes cuando pudieron ser evitadas. Después del velorio y un breve duelo que me aisló en casa por unos días fui a buscar la ropa a la tintorería. No tenía el ticket de devolución porque alguien se había robado la cartera de Lela mientras ella estaba muerta en la calle, pero el señor Lee me conocía. Igual, la ropa no estaba. Supongo que la misma persona que se había robado la cartera la había retirado el día anterior y una empleada nueva, sin saber que era la ropa que Lela llevaba todos los años, se la había dado. El señor Lee me pidió disculpas, se agarraba la cabeza y señalaba a la empleada pidiéndome que también la disculpara, que era nueva, que ella cómo iba a saber, y hasta me ofreció reponer, de alguna forma, todas las prendas. Creo que hasta lagrimeó y me dijo, en su idioma, cuánto lamentaba lo de mi abuela. Mientras me iba él todavía decía siento mucho mucho, no no, perdón, señor, perdón; y la chica nueva, quieta en la otra punta del mostrador, no sabía qué hacer.

Esa fue la primera consecuencia de la muerte de Lela. Dos semanas después —no más— dejé mi carrera de chef. Y como si fuera poco, por esos días Romina vino a verme y me contó que la fábrica de juguetes del padre se había presentado en quiebra. No pasó mucho antes de que todo el patrimonio familiar pasara a ser la casa donde vivían

-bien de familia- y el auto de la madre, que como estaba a nombre de un hermano de ella no fue a remate y entonces el padre empezó a usarlo para trabajar de remisero.

Ahora que lo pienso, todo cambió tan rápido que fue como acostarse feliz después de regar las plantas y despertarse en medio de una inundación. Igual, como me resultaba difícil saber por dónde empezar a deprimirme, seguí adelante. Mi abuela siempre me había dicho: vos, nene, con todo lo que viviste, tenés que mirar siempre para adelante. Así que para sobrevivir me dediqué a lo que tenía más cerca: conservar los clientes de mi abuela. Tenía su agenda de trabajo, sus equipos, sabía usar las mangas, enharinar los moldes, hacer las mezclas, el mazapán y el glasé, tiempos de cocción, horno en mínimo, en máximo, sólo faltaba recorrer las confiterías donde ella entregaba los pedidos, presentarme, soy el hijo de Lela, decir, la de las tortas, y listo. No fue difícil.

Romina también estaba bastante mal. Nos veíamos poco. Un día hablamos de eso y ella me dijo que me quería ayudar, que ayudarme era ayudarnos. Lo dijo así: te voy a ayudar para ayudarnos. Lo de tu abuela te hace mal, dijo, estás muy solo, ya vas a ver. Y al día siguiente trajo papeles y libros y me dijo que había empezado a militar en HIJOS. Es por vos, porque te amo, dijo, y mientras nos desnudábamos yo pensaba puede ser, sí, puede ser, pero la verdad era que lo único que yo quería era estar solo con ella, juntos para siempre. Ella, yo, mis pasteles. Nuestros pasteles. Nuestra pastelería que podía llamarse así: "Nuestros pasteles". Pero al día siguiente, cuando nos despertamos y ella me preparó el desayuno, tostadas calientes que al principio quemaban y después no, era obvio que para Romina, si íbamos a seguir, teníamos que compartir algo más.

Ella me decía: ellos te van a ayudar, haceme caso, son buenos, ¿por qué te creés que voy?, para ayudarte, ¿no te das cuenta? Y era verdad: Romina me quería tanto que, teniendo padres a los que quería, militaba en una organización de

personas sin padres. El dato no es menor, claro. En su casa, con todos los problemas que tenían, la noticia debe haber caído bastante mal. Y aunque ella dijera que no, supongo que buena parte de su decisión de irse a vivir con Ludo, su mejor amiga en HIJOS, tuvo que ver con eso. O a lo mejor no. El papá de Romina, después de un tiempo de ir y venir con su remís, se cansó y, casi sin avisar, se fue a Miami. Para la mamá de Romina el tipo, cuando llamó desde Ezeiza, ya estaba muerto. Para Romina no tanto.

Era una ronda de nueve o diez personas. Todos, menos uno, hablaban bastante y discutían sobre cosas organizativas. Yo me quedé mirando al que no hablaba: tenía unas manchitas blancas en la parte blanca del ojo y, cada tanto, por el efecto de la luz, las manchitas, que eran más opacas que el resto, se iluminaban y brillaban más. Me entretuve un rato con eso hasta que me preguntaron algo y lo primero que se me ocurrió fue lo de las medusas. Yo sueño con medusas, dije, y como todos me miraron con interés, seguí. Misteriosamente había logrado captar la atención y entonces hablé de distintas clases de medusas, de cómo durante un tiempo me había dedicado a estudiarlas y a diferenciarlas, ninguna es agresiva, dije, y no todas son venenosas, pero siempre hay que tener cuidado. Y en mis sueños, obviamente, estaban las que me perseguían con ruido a hierros viejos y a óxido, las que me provocaban náuseas al tocarlas, las que me despertaban en medio de la noche y me hacían sentir que todo alrededor era el sistema digestivo de una medusa, yo el alimento, yo el rehén-alimento que corría a lavarse la cara y se encontraba que el agua era sal, espuma, ruido, ardor. Otras, en cambio, eran tan buenas como los delfines.

Con el tiempo me di cuenta de que, si bien la militancia no era lo que más me gustaba, tampoco estaba mal. Acompañaba a Romina, conocía gente y poco a poco encontré un lugar donde hablar de cualquier cosa -como lo de las medusas- sin tener que dar explicaciones. Como decían ellos, las explicaciones ya iban a llegar.

Pero también las cosas fueron cambiando. Por ejemplo mi relación con Ludo, que al igual que Romina tampoco tenía padres desaparecidos pero sí una tía segunda con cuya cara había mandado a estampar una remera. Las primeras veces que la vi, siempre llena de fe revolucionaria, me causaba gracia imaginarlas, a ella y a Romina, como líderes de nuevas organizaciones -SOBRINOS, NUERAS, no sé- en las que todos usaban esas remeras estampadas con desaparecidos que de tan lejanos parecían estrellas de rock. Ludo llevaba su remera con un orgullo muy especial, la foto era muy buena, casi irreal, y entonces, entre los que la veían por primera vez, estaban los que le preguntaban quién era y los que directamente le decían ah, vos sos fan de Nirvana. La tía se parecía bastante a Cobain. Y si bien no era Cobain, Ludo tenía una actitud rockera que a muchos de nosotros, a pesar de ir juntos a recitales de bandas que elogiaban a la organización, nos faltaba. Eso en ella me entusiasmaba: rockera y comprometida. En cierta forma, estar cerca de Ludo era como estar con la novia de Cobain o con la musa de Cobain, alguien tan cercano a aquel músico golpeado, a aquel artista verdadero, que todo cobraba otra dimensión. Tanto que al poco tiempo empecé a verla a escondidas de Romina.

Por suerte no duró mucho: si bien Romina tenía cierta obsesión con el tema de mis padres desaparecidos, lo de Ludo era bastante peor -o mejor, no sé, para mí peor-: al poco tiempo de haber empezado a vernos, una tarde, me llevó a su casa y me mostró una remera no con la cara de su tía sino con la de mamá y papá: una especie de dúo Pimpinela un poco más hippie o de Sui Generis donde no era fácil reconocer quién era el hombre y quién la mujer. ¿De dónde sacaste una foto de mis viejos?, le dije. Me la dio Romina, dijo, se la pedí para hacer un cartel para las marchas, ya que vos nunca hiciste ninguno... La miré sin decir nada. Ella siguió: para darte una sorpresa... Y cuando se acercó para abrazarme -como hacía siempre que me esperaba

con una de sus sorpresas- la rechacé y le dije bueno, yo no quería una sorpresa así, ¿cómo se te ocurre que yo...? Dale, tontito, ratoncito –así me decía ella: ratoncito, conejito, pollito-, vení. Las palabras eran mágicas. Los brazos y la boca de Ludo, jóvenes, suaves. Imposible resistirse en medio de la tarde y del calor.

Esa vez pasamos bastante tiempo encerrados. Tanto que en un momento Romina entró al departamento –ya vivían juntas- y, suponiendo que Ludo estaba con alguien, se fue. Después nos quedamos dormidos y soñé con mis medusas, un sueño calmo que igual me despertó en medio de la noche. Ludo, todavía desnuda, dormía. Al principio, concentrado en no ser atacado por las medusas, no supe qué había pasado. Después sí. Ludo estaba ahí pero sus encantos no iban a hacerme perder la razón. Agarré la remera, mis cosas, y salí a la calle. Había refrescado. Tenía la remera en una mano y no sabía si ponérmela o no. Antes de tirarla pensé que podía llegar a abrigarme. Pero no. Tenía que tirarla. Tenía que dejar de verme con Ludo.

Las cosas pudieron terminar ahí. O no exactamente ahí: aquel momento podía ser el núcleo del final. En el falso desenlace yo volvía con Romina y ella sospechaba algo –o Ludo le contaba- y entonces me dejaba, yo me iba de HIJOS, ellas se peleaban y Romina –que en el fondo era, como muchos, una chica idealista- militaba un tiempo más pero al final volvía con su familia. Pero los de HIJOS tenían razón. Estas cosas nunca terminan, siempre siguen, hay que esperar y están ahí, como las verrugas, que siempre vuelven. Y si no vuelven, desconfiar, aparecerán de una forma o de otra.

Al día siguiente había asamblea. Se definían algunos detalles del escache a no me acuerdo quién y había que decidir. Confieso que estuve tentado de hablar de las medusas, comparar al que íbamos a escarchar con una de ellas y bla bla bla. Pero al final no dije nada, me abstuve en todas las votaciones y dejé que decidieran por mí. Cuando salimos, Romina estaba distante. Creo que antes de la reunión

me había visto hablar con Ludo –yo acababa de decirle que no quería estar más con ella, que Romina no se lo merecía-, así que mientras caminábamos me miraba raro. Fuimos hasta el Bajo, pasamos por los restoranes que empezaban a abrirse al borde de los diques y llegamos a la Costanera. Yo había empezado a hablar de mi necesidad de irme de HIJOS, de ver las cosas de otra manera, con esperanzas de que ella pudiera entenderme. Pero durante todo el camino Romina se empeñaba en ponerse por encima de mí, superior, ella mi salvadora y yo el idiota, el ciego que negaba trescientas veces la única verdad. Y en un momento se lo dije. No podría decir cuánto tardé en articular todas esas ideas, ni de qué forma, pero sí que discutimos sobre eso y que antes de llegar a la Reserva fumamos, y que después seguimos discutiendo como adolescentes sobre cosas que no eran de adolescentes. Fuimos hasta el río. La vegetación, el cielo que empezaba a ponerse rosado, el humo de los cigarrillos, el aire fresco, los sapos, los grillos, me hacían pensar en el campo, en el monte, lugares donde estar en paz y deshacerse entre las plantas, ser hoja, tallo, tierra, agua, pez, paisaje, olor, volar con el aire manso, radiante, cargado de agua o de polvo, o de aire. Pero en un momento la discusión pasó a temas de vida y muerte, razones para vivir y para morir. Si no nos ponemos de acuerdo, dije, algo o alguien se tiene que morir. Romina estaba ofendida. Yo no había sido muy delicado al plantearle las cosas. Pero en cuanto ella vio que entrábamos en el terreno de matar o morir, volvió a ponerse a la defensiva y a decirme que tenía que buscar ayuda, que HIJOS estaba para eso y que ella era mi ángel guardián, mi tesoro, fuente de fidelidad, compromiso, futuro, sueños compartidos, y entonces me besó y yo no supe qué hacer.

Esa noche hicimos el amor durante horas. Romina, cada vez que terminábamos, me decía que quería más, y yo, que nunca había tenido el desempeño de un semental, pude responder algunos de sus pedidos. Incluso en los

días siguientes volvimos a lo mismo. Todo aquel renovado romance duró cerca de una semana en la que no hubo reproches de ningún tipo, sólo palabras de amor, hasta que ella, en un momento, me dijo que me amaba profundamente. Yo estaba tirado en la cama, boca arriba, las sábanas me cubrían casi hasta el cuello y las palabras de Romina sonaron nítidas, sí, pero en medio de una especie de distorsión o irregularidad, manchadas. Después de eso se sentó. Amanecía. Me dio la espalda y encendió un cigarrillo. Te amo profundamente, repitió, y eso a vos no te importa. Después se levantó, apagó el cigarrillo y fue al baño. Se duchó, se lavó los dientes y al salir, antes de empezar a vestirse, dijo que lo mejor iba a ser que nos distanciáramos por un tiempo. Analizado en retrospectiva, creo que desde que ella dijo que me amaba “profundamente”, con esa voz tan poco habitual, tuve varias oportunidades de revertir su decisión, y que incluso fue ella, de alguna manera, quien me las ofreció. Y quizá yo sospeché que podía aprovecharlas, claro, pero no sé por qué no lo hice. Mientras ella se vestía, por ejemplo, estuve a punto de saltar de la cama y abrazarla o ponerme de rodillas frente a ella o algo así, esperar sus golpes, sentirlos duros contra mis huesos, llorar y dejarla llorar y todo eso pero no, ella se vistió, guardó sus cosas en su bolso y se fue.

Sólo algunos días después caí en la cuenta de que alguien como ella significaba demasiado para alguien como yo y que entonces tenía que recuperarla. Pero eso fue al principio. Pronto supuse que, por cómo se habían dado las cosas, yo ya no significaba nada para ella y que eso había sido todo y que ya no había nada más por hacer. Y los días pasaron, no sé si muchos o pocos pero sí lentos, hasta que Romina un día llamó para decirme que estaba embarazada.

Lo del embarazo hizo que nos reencontráramos varias veces. Yo la pasaba a buscar por donde ella me decía y caminábamos. No sé si alguno de los dos tenía la ilusión de volver a estar juntos. A mí me hubiera gustado, claro, pero

ella a veces se quedaba sin hablar durante cuerdas enteras y su expresión se volvía como de piedra, o lata, una especie de reproche silencioso en el que era imposible entrar. Cuando le preguntaba por su familia, qué pensaban ellos, no decía nada o decía en esa casa están todos locos, no los quiero ver más. A lo mejor tanto tiempo de militancia en HIJOS le había hecho creer que sus padres estaban desaparecidos o que podían llegar a desaparecer, pensé. Y tan difícil era hacer que esta nueva Romina hablara que una vez se lo dije. Pero ella no se defendió, siguió caminando un poco más hasta que paró y se agarró la panza. Me asusté. Ella se sentó en el cordón de la vereda. Me duele, dijo antes de vomitar. Y cuando terminé de ayudarla a limpiarse –se había manchado un poco las sandalias– me dijo mirá, voy a hacerme un aborto, necesito plata.

Esa noche, en los pocos ratos que me quedé dormido, soñé con distintas versiones del parto. En uno la panza se abría como un girasol de zinc y de adentro salían pedazos de vidrio o piedra partida que, según cómo les daba la luz que venía de una claraboya invisible –o de un reflector– parecían espejos o gotas de agua. En otro, las piedras eran huecas y volaban de un lado a otro hasta apoyarse, livianas, sobre cada uno de los pasteles que yo tenía listos para entregar. Medusas había en dos o tres, pero siempre aplastadas por la panza de Romina, que era enorme y que seguía creciendo incluso después del parto. El único que era normal –de la panza salía un bebé– era muy lindo, tibio, lleno de plantas aromáticas y música de xilofones en medio de una nube de humo celeste –el bebé, cuando salía, era varón–; pero igual todo terminaba mal –mal para mí– cuando a la cama de Romina se acercaba un tipo joven –y canoso– a quien el bebé le estiraba los brazos y, con total claridad, le decía hola papá.

Al día siguiente, algo nervioso, desayuné tres cafés seguidos y estuve por llamar a Romina para decirle que si tanto quería abortar que llamara al verdadero padre del bebé y que le pidiera la plata a él. Pero en vez de eso fui al

banco, saqué lo que ella iba a necesitar y la llamé para encontrarnos en un bar. Sentados a una mesa que daba afuera ella pidió agua y yo más café. No me sentía bien y fui varias veces al baño, sin éxito. A ella en cambio se la veía contenta y hasta pudimos hablar del pronóstico del tiempo. Todavía me lo acuerdo: templado en la mañana y desmejorando hacia tarde, con descenso de temperatura y probabilidad de lluvias de variada intensidad. Poco alentador, pero al final había estado lindo.

Por ese tiempo salieron las indemnizaciones de papá y mamá. Yo las había tramitado cuando mi abuela vivía y los años habían pasado sin novedades hasta que un día llegaron los papeles, firmé, y todo estaba terminado. Como ya no iba más a HIJOS no tuve que enfrentarme a los que no estaban de acuerdo con cobrarlas, y los pocos a los que seguía viendo pensaban que aceptarlas estaba bien o que, en todo caso, era una decisión personal y que contra eso no se podía hacer nada. Entonces, para despejarme un poco, contraté a alguien que pudiera ocuparse de mi trabajo al frente de la pastelería —una especie de gerente— y me dediqué a viajar. Recorrí Latinoamérica. En cada lugar investigaba sobre la repostería de la región con la idea de volver y abrir una cadena de pasteles multiétnica con capacidad de distribución en toda la capital. Pero la variedad de recetas, ingredientes y pequeños trucos resultó ser tan grande que iba a ser imposible hacer justicia con todos, así que abandoné el proyecto antes de la mitad del camino. Igual, por lo que pasó después, llevarlo a cabo hubiera sido imposible.

Fue así: en Honduras conocí a una chica del lugar que al tiempo de andar juntos por playas de arena blanca y ruinas precolombinas, en su dialecto apenas comprensible para mí, me dio a entender que Romina podía no haberse hecho el aborto. Pesadillas. Medusas, algas, montañas de animales acuáticos se acumularon cada noche sobre mi espalda, herida contra una barrera de coral. Eso y el efecto de la distancia, que me traía recuerdos de Lela, de

mi infancia en Moreno, de lo que Lela me contaba de papá y mamá, cosas así, me hicieron volver. Y al llegar, malas noticias: mi gerente había desmontado la pastelería y se la había llevado a otro lado: todos mis clientes le compraban a él. Esto podía pasar, pensé. Igual, más importante era encontrar a Romina. Llamo a su casa, no contesta. Voy a su casa: cerrada y en venta. Voy a HIJOS. El tipo de los ojos con manchitas blancas me dice hola, tanto tiempo, qué sorpresa, pasá, y otras cosas amables, muchas cosas —se ve que los ratones le devolvieron la lengua y no puede parar de hablar, y hasta las manchitas de los ojos parecen más chicas, o tenues—, y cuando entramos, en un pasillo, me encuentro con Ludo y le pregunto por Romina. Romina se fue a España, dice. ¿España? Sí, alguien le dio para el pasaje y se fue. Estiro un brazo, le apoyo una mano en un hombro. Ella cree que la voy a abrazar y me la saca. España o Italia, dice, no sé, el avión hacía escala en Madrid y cuando fui a despedirla ella no se decidía por dónde quedarse. No te iba a abrazar, digo. ¿Qué?, dice, no jodas, nene, ya jodiste bastante.

Salgo lo más rápido que puedo. El de las manchitas, mientras me voy, me pregunta, ¿y?, ¿volvés? Sí, sí, digo. Al principio camino rápido pero después no: trote, carrera, como si con eso fuera a encontrar a Romina, a mi hijo, a alguien. Sin darme cuenta llego al Puerto y a unos astilleros y a un submarino en reparaciones que por alguna razón me detiene, o es el cansancio. El casco del submarino es negro, recién pintado, y se escuchan los ruidos de los martillos y las soldadoras que trabajan adentro. ¿Cuántos son?, ¿cuánta gente trabaja a jornada completa, a doble jornada, para dejar listo el barco en el que voy a ir a buscar a Romina? Curzar el océano, sí, hundirse y flotar, miles de medusas intentan pegarse al casco recién pintado pero no pueden, el espejo negro y brillante las ahuyenta y quedan atrás, mareadas por la velocidad y los remolinos de las hélices. Antes de quedarme dormido —o desmayarme, no sé— yo también me mareo.

Después sueño con cosas que no todavía no pasaron pero que van a pasar, seguro. Romina es mesera en un restorán que da al mar y cuando llego en mi barco todos los comensales se asoman a ver. Me siento un héroe. Soy un héroe. Ella me tiende una mesa y me sirve algo fresco: debés estar cansado, mi navegante. Sí, fue un largo viaje. Después cenamos juntos y ella me cuenta todo lo que pasó como si fuera una gran aventura, habla de la suerte que tuvimos de volver a encontrarnos y de muchas otras cosas que como las dice en otros idiomas –ella en el sueño tiene don de lenguas, yo no- no entiendo pero que por cómo las dice son cosas buenas, seguro. Y mi hijo no está pero en alguna parte tiene que estar, claro, de un momento a otro se va a oír su llanto, sus primeras palabras, ta, ta, ta, ta. Y como el restorán está en venta pienso rápido y le vendo el submarino a la parejita de la mesa de al lado –nos vamos de luna de miel, dicen al unísono antes de hacerse a la mar-, compro el restorán, y nos quedamos a vivir ahí, una familia de tres, de cuatro, de cinco, de seis, todo siempre crece, todo siempre puede crecer.